

El clan de Atapuerca

Segunda parte

(La elegida
del arcoíris)

Álvaro Bermejo

Ilustración

Álex Fernández Villanueva

ANAYA

1.ª edición: febrero 2013

© Del texto: Álvaro Bermejo, 2013
© De la ilustración: Álex Fernández Villanueva, 2013
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-3131-3
Depósito legal: M-9-2013
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

I

Baila conmigo, Hermano León

Cuando el primer rayo de luz rozó la copa del frondoso pino negral encendiendo sus ramas, apareció el águila. Se trataba de un ejemplar regio, de espalda azul y cuello blanco, y le estaba mirando. Kurtar vio su cabeza inclinada hacia él, mostrando un solo ojo que le escrutaba con su pupila tan dilatada como una piedra de ámbar al rojo vivo. Enseguida, despertó a sus compañeros. Sí, allá estaban Kram, el corredor, y el joven Babro, el hijo del difunto Tanek. ¿Cómo había conseguido convencerles para que le acompañaran en esa locura? Eran sus amigos, con eso les bastaba. Pero había algo más. El incidente de la noche anterior había rebosado la paciencia de Kurtar. No estaba dispuesto a soportar que Tukul siguiera humillando a Balka. Esa chica le gustaba más que nada en el mundo. Si su padre no quería verlo por alguna razón que a él se le escapaba, si ya no parecía tener ninguna prisa por conducirlo a su cacería de la virilidad, él no toleraba más demoras. Estaba decidido a tomar las riendas de su vida. Tenía ya trece ciclos, igual que su amigo Babro, que ya había superado la gran prueba el año anterior, lo mismo que Kram. ¿Por qué seguir esperando? Esa noche, poco antes de que se recogiera en su rincón de la Sima del Rinoceronte, Kurtar había abordado a Súa con esa pregunta. La primera respuesta de la Madre lo desconcertó:

—¿Has visto al gran león en tus sueños?

—Todavía no. Pero hace siete lunas fui yo el primero en oír su rugido.

—Entonces es posible, sí... El león te estaba llamando.

—¿Crees que es el momento?

—Eso solo lo sabe cada uno. Baila con tu espíritu, él te lo dirá.

—Ya me lo ha dicho, Madre, me ha dado un hígado lleno de sangre y me ha enseñado a cazar. Sé que puedo conseguirlo.

—Habrás de tener mucho cuidado, no se lo pongas difícil.

—Ya he hablado con Kram y con Babro, ellos me acompañarán.

—¿Y con tu padre? ¿Hablaste con él?

El joven apretó los labios y bajó su cabeza. Cuando volvió a mirarla había una luz oscura en sus ojos.

—No sé, algo me dice que está retrasando mi cacería de la virilidad hasta que llegue el tiempo de los días largos, cuando Balka...

—... Cuando Balka tenga que aceptar la proposición de Tukul, o la de Iaun. ¿No es eso?

—Mi padre y esa hiena son como hermanos. Y a mí no me respeta, cree que todavía soy un niño.

Súa se recogió en su silencio. Dentro de la cueva, Karko y Tukul conversaban animadamente junto al fuego. La Madre podía atravesar sus pensamientos, esas otras palabras que se desvanecen cuando se mira a la gente cara a cara.

—Muchos de los que emprenden su cacería de la virilidad no regresan jamás —exclamó volviendo sus ojos hacia Kurtar.

—Estoy preparado, Madre, mi espíritu me ha dicho que este es mi tiempo.

—Sí, este es tu tiempo. Te espera la prueba en la que serás templado como una lanza. Pero recuerda esto: la madera demasiado verde se dobla enseguida, y la que se cree dura se parte. En cambio, la que está bien templada, como debe estarlo un hombre, resiste siempre.

—¿... Y el león? Dime, ¿dónde lo encontraré?

—No lo sé... Pero si te pones en camino esta noche y duermes bajo el árbol del águila, ella te guiará. El águila es el león del cielo, la que baila con su espíritu. Y si el león aparece y consigues vencerlo, su espíritu entrará en ti y te protegerá siempre. Ya nunca más matarás otro león, pues este será tu tótem.



Kurtar aguardó a que todos durmieran. Con mucho sigilo recogió sus armas y se deslizó por la abertura en la empalizada. Fuera le estaban esperando Kram y Babro. Los dos habían superado la cacería de la virilidad, ya no tenían que rendir cuentas ante nadie. Caminaron a buen paso a través de la estepa hasta alcanzar el avistadero del águila, ese frondoso pino negral que crecía sobre una loma pelada. Siguiendo el consejo de la Madre, los tres se echaron a dormir para ser visitados por los espíritus antes del amanecer. El águila apareció entonces, puntual a su cita. Kurtar no dejó de mirarla hasta que alzó su vuelo en dirección al río rojo. Era la señal que esperaban.

Los tres muchachos reemprendieron su aventura con el resplandor del alba en sus rostros. Al llegar al río sacaron de sus bolsas unas cuantas raíces, las mojaron para ablandarlas, y prosiguieron su marcha royéndolas despacio. Tenían una dura jornada por delante y debían preservar sus fuerzas. No se les escapaba que más allá de las montañas se abría el territorio de los Comedores de Cabezas.

—No te preocupes por eso, Babro. Si nos ven, saldrán huyendo despavoridos. Saben de dónde venimos y lo que hizo mi padre con Barba Roja —exclamó Kurtar sin volverse—. Para ellos ahora no hay nada más temible que un Ata—. Ni nada que odien más. Después de la masacre que hicimos con ellos, estarán deseando vengarse.

—Lo mismo nos los cruzamos de camino —insistió Babro.

—Entonces mejor que mejor —repuso Kurtar—: así tendremos tiempo de alertar a los nuestros.

—Ya me dirías cómo lo haces si te cortan la cabeza.

—Antes cortaré tres de las tuyas. Y si me cortan la mía, entonces mis piernas correrán más rápido.

Pero Kram, el corredor, el único de los tres que había participado en la contienda, tampoco las tenía todas consigo. Segregó una sonrisa lúgubre. Estaban atravesando una llanura donde podían ser advertidos a muchas millas de distancia y solo eran tres. Si los Sombras los descubrían, no tendrían ninguna oportunidad, pero ya era tarde para arrepentirse. No abandonarían a su amigo, sucediera lo que sucediese.

Así caminaron otro buen trecho en silencio, hasta que Kurtar volvió a hablar:

—¿Os habéis fijado por dónde ha desaparecido el águila?

—Hacia allá —repuso Babro sin vacilar—: al llegar a esa montaña, la de la corona mellada, ha bajado el vuelo y se ha perdido por la cortadura.

—¿Estás seguro?

—Seguro —intervino Kram—, yo también la he visto...

—Entonces, adelante. Adelante y ni una palabra más acerca de los Comedores de Cabezas. Pensar en ellos nos quita la fuerza a nosotros.

Las montañas parecían cercanas, pero a medida que seguían caminando iban creciendo más y más, hasta que alcanzaron un tamaño descomunal y dejaron de distinguir los ásperos galayares de sus crestas.

—Oye, Kurtar... —preguntó Babro, enjugándose el sudor que comenzaba a correr por su cuello y su espalda—. ¿Esto lo haces por ti, o por Balka?

—Por los dos —dijo, y nada más decirlo se corrigió—: por los dos, pero sobre todo por mí.

Kram, que era el mayor de los tres, segregó una sonrisa malévola:

—A mí no me engañas, esa torcaz se ha hecho un buen nido en tu hígado.

Kurtar enrojeció, su corazón rompió a latir con fuerza. Decidió contraatacar, rabioso por haberse ruborizado.

—¿Y tú con Zenda, qué?

—¿Zenda? —repuso Kram con fingida indiferencia—. ¿Qué Zenda?

—Venga, Kram, no te hagas el tonto. Solo hay una Zenda en el clan.

Se referían a la hija pequeña de Waa, el de las manos diestras. No sumaba más de doce ciclos pero ya tenía las formas de una mujer. Morena, de ojos oscuros y con una sonrisa embrujadora, verdaderamente, tenía embrujado al joven cazador.

—Bueno, sí, Zenda me gusta. Pero las mujeres no te dejan ser libre, y solo dan problemas. Fijaos en Lugo —añadió, refiriéndose al encorvado—, estaba bien antes de emparejarse. ¿Y después qué? Con cada nuevo hijo que le pare Duga, la gorda, su espalda se dobla un poco más.

—Pues ya lleva cinco...

—Y Duga vuelve a estar preñada.

—Con este, ya lo veréis, Lugo va a barrer la cueva con sus barbas de rastrojo.

Los tres jóvenes rieron de buena gana. Pero Kurtar no dejaba de pensar en Balka. La noche anterior, antes de que se retirase a dormir, la había cogido de la mano para llevársela hasta la cuna de las piedras, lejos de las miradas de la gente. Fue allá donde le reveló sus planes. Esa misma noche

se pondría en camino para matar un león bien grande, sí, Súa le había dado su consentimiento. Con eso era suficiente para él. Balka le escuchó sin objetar nada, sabía que nada le disuadiría. Le miraba con un solo pensamiento en su cabeza. Que no se le notara el desasosiego, esa sensación de que su corazón había dejado de latir. Si Kurtar moría en la prueba, ella moría con él. Pero solo le dijo eso:

—Vencerás, estoy segura.

Los ojos de Kurtar se encendieron.

—¿Lo crees de verdad? —exclamó de pronto vacilante—. Un león es un león...

—Y Kurtar es Kurtar. Estoy segura de que podrás. Dame tu mano.

Kurtar extendió su brazo. Balka cogió su mano y se la puso en el pecho. Sintió la tibieza de su piel, la turgencia de unos senos incipientes, y enseguida, el palpar de su corazón. El de Balka latía más despacio, como amortiguado, pero su emoción era la misma.

—Es tuyo —dijo—, todo tuyo. Tú ya vives aquí dentro, para siempre.

La emoción enmudeció al muchacho. Pero cuando ya iba a abrir la boca, los labios de Balka volvieron a cerrársela con un beso que le dejó temblando. Mil sensaciones atropelladas le asaltaban. Al fin acertó a balbucir:

—Y cuando todo acabe, ¿te unirás a mí?

—Hasta la muerte y más allá de la muerte. Aunque tú no lo sepas, aunque no lo entiendas, lo que yo siento por ti también viene de ahí arriba.

—¿Qué es lo que tengo que entender? —preguntó Kurtar, alzando sus ojos al cielo detrás de los de la muchacha.

Mudra, la orgullosa, la primera estrella de la noche, brillaba bien alta en el firmamento. Luego aparecieron muchas más, destellaban como diamantes sobre un arco de un azul profundo, sobrecogedor. Si Kurtar no entendía eso, de nada serviría que se lo explicase con mil palabras. Por eso Balka ya solo añadió:

—... Cuando las estrellas despiertan, los hombres sueñan.

Pero los ojos de Kurtar ya no miraban al cielo. Se habían vuelto hacia los suyos, y era en ellos donde veía crecer dos estrellas verdes que temblaban por él.

Entonces la tomó entre sus brazos y la apretó con fuerza. Balka sintió que se asfixiaba y, al mismo tiempo, se sintió la mujer más feliz del mundo.

—Anda, vete ya —articuló cuando al fin consiguió separarse—. Los guardianes estarán a punto de cerrar la empalizada.

—Saltaré por encima...

—Reserva tus fuerzas para tu prueba, sangre de mi sangre. Y no te olvides de hacerte las tres cruces de ceniza. Una por ti, otra por mí...

—... Y la tercera por nosotros.

«Por nosotros, sí, por nosotros». Kurtar marcaba cada paso con esas palabras. Aquello no podía ser el final de nada, sino el comienzo de algo muy grande. Pero el camino hacia ese horizonte pasaba por la prueba que él mismo se había impuesto. Nada menos que cazar un león, la bestia más temible que poblaba su imaginario. Por más que le acompañasen Kram y Babro, lo haría él solo. De otro modo, su proeza no tendría valor, y él necesitaba hacerse un hombre cuanto antes. Por él y por Balka. Pero también por

Arika. Ahora que Súa había revelado ante todos que el gran Belar, el padre de las muchachas, había sido asesinado por uno de los Ata, la vida de las dos hermanas estaba amenazada de verdad. Él las defendería de todo y contra todos si fuera preciso. Volvería hecho un hombre, con el corazón del león enastado en su lanza, igual que había hecho su padre con Barba Roja. Primero el león, luego el asesino de Belar, y siempre Balka, «hasta la muerte y más allá de la muerte».

Arrastradas por ese vendabal de pensamientos y pasiones, las piernas de Kurtar no sentían el peso del camino. Kram y Babro avanzaban tras él ya bastante fatigados. Pero tras siete largas horas de marcha, el que iba en cabeza no parecía tener ninguna intención de detenerse. Cuando llegaron al pie de la montaña, sus amigos confiaban en que les consintiera descansar un poco. La respuesta de Kurtar fue ponerse a trepar con redobladas fuerzas, brincando como un rebeco de roca en roca sin mirar atrás. No les quedó más alternativa que seguirle. Invirtieron dos horas de penoso ascenso hasta que al fin alcanzaron la quebrada por la que había desaparecido el águila. Antes de coronarla, entre las brechas de sus cuchillares, se les ofreció una panorámica del valle que les esperaba al otro lado. Una llanura herbosa salpicada de árboles enanos de copa casi plana, de los que colgaban cascadas de líquenes como colas de niebla.

—¡Mirad, mirad hacia allá!

El grito de Kurtar, que seguía en cabeza, les puso alerta.

—¿Qué ves?

—¡Una polvareda impresionante!

—¡Bisontes!

En efecto, allá, al fondo del valle, una densa manada corría en estampida haciendo temblar la tierra con el tumulto de miles de pezuñas.

—Por el espíritu del Gran Beda, si mi padre viera esto... —exclamó Babro, tan asombrado que su lanza se le cayó de las manos—. Los bisontes estaban aquí.

—... Y seguro que los caballos no andan lejos —replicó Kurtar, muy consciente de que el bisonte era el animal totémico del clan, de modo que no podían cazarlo.

—Es igual —terció Kram—. Lo importante es la polvareda. Eso quiere decir que tu león ya ha emprendido su caza.

—Y nosotros la nuestra. ¡Vamos!

Kurtar trazó a toda prisa las tres cruces de ceniza, sobre su pecho, sobre su boca y sobre su frente, y salió corriendo pendiente abajo sin escuchar las prevenciones de Kram. ¿Qué había dicho? Algo bien lógico. La polvareda podía obedecer al ataque de un león, pero también al de una partida de Comedores de Cabezas. Sus dos amigos lo veían correr a saltos hacia la muerte, de nada sirvieron los gritos con que intentaron detenerle. Aquello suponía una grave temeridad. La cacería de la virilidad no era ningún juego. Había que actuar con toda cautela desde el principio. Rastrear el territorio para verificar que no había otros cazadores cerca, medir bien las distancias y, una vez localizado el león, avanzar dibujando un cerco, siempre a contraviento. ¿En qué estaba pensando ese loco? ¿Acaso se creía que bastaba con echarse a correr hacia la manada? ¿Qué sucedería si se encontraba cara a cara frente al león? Kurtar ya no les escuchaba. Volaba sobre los canchos como si estuviera poseído por todos

los espíritus ancestrales de su tribu. Por más que corrían tras él, no conseguían acortar la distancia. Al contrario, Kurtar se alejaba cada vez más, devorando la llanura a grandes zancadas con su lanza en alto.

—¡No sigas, Kurtar!

—¡Por lo que más quieras, espéranos!

De nada sirvieron sus gritos, aquel demente arrebatado ya se había zambullido en el océano retronante de testas lanudas y gigantescos lomos gibosos que galopaban como un huracán hacia él. Aunque fueran sus amigos, Kram y Babro apreciaban mucho su vida. Cuando vieron venir hacia ellos el tropel de bisontes despavoridos, saltaron sobre una roca gritando y agitando los brazos. Los animales que iban en cabeza se abrieron hacia los flancos esquivando el obstáculo. Pero Kurtar ya estaba allá adentro, engullido por la nube de tierra seca que las bestias levantaban a su paso. ¿Qué habría sido de él?

Desde su refugio en la Gran Dolina, Súa, la Madre de los Sueños, cerró sus ojos y comenzó a ver por dentro. Sí, allá estaba Kurtar, perdido en el corazón de la ingente manada que se abría como las aguas de un gran río para evitarle. Hasta que, de pronto, apareció ante él no uno, sino una entera familia de leones. Acababan de abatir a un bisonte que todavía se agitaba entre sus garras. La escena le cortó la respiración. Paralizado, sintió que un sudor frío se le coagulaba en la nuca. De los cinco leones, dos eran hembras. Una de ellas mantenía sus poderosas mandíbulas bien cerradas sobre la yugular del bisonte. La otra le estaba arrancando las tripas ayudada por sus dos cachorros. Pero el imponente

macho atezado que vigilaba el territorio, ya había hundido sus ojos amarillos en los de Kurtar. Se trataba de una bestia mitológica, dos veces más grande que el mayor de los leones africanos de hoy. Bastaría un zarpazo para partir en dos a aquel insignificante humano que se atrevía a desafiarle. Pero, a decir verdad, ¿era eso lo que estaba haciendo el joven Kurtar? No, se había quedado quieto, replegado sobre sí mismo, con todo su cuerpo en tensión detrás de su lanza, parecía rezar:

—... Padre Bisonte —dijo, con tal temblor de dientes que las palabras parecían bailar dentro de su boca—. Padre Bisonte, vengo a vengarte... No me dejes solo, ayúdame con tu gran poder, que mi lanza encuentre el camino, que no me falte la fuerza...

«La fuerza no te faltará, joven Kurtar. Ahora soy Sike, la gran serpiente, ella baila conmigo, sus anillos envolverán al león, lo asfixiarán de la misma manera que sus hembras acaban de estrangular al viejo bisonte. Mantente firme, no retrocedas, no dejes de mirarle a los ojos, y espera a que el águila vuelva a aparecer. Entonces, cuando el león se disponga a saltar sobre ti, será el momento de tu espíritu». Así podía escuchar Kurtar aquella voz dentro de su cabeza. La reconoció al instante. Se trataba de la Madre de los Sueños. Aunque no pudiera verla, ya había llegado, estaba con él.

Fue eso lo que le decidió a dar un paso más. El león hizo lo mismo. Agitó el fuego de su desgredada melena y avanzó unos pasos más, su enorme cabeza en tensión, sus ojos amarillos clavados en los suyos.

—¿Dónde demonios estás, águila del alba? ¡Aparécete de una vez! ¡Es ahora cuando te necesito!

Todo el cuerpo de Kurtar temblaba de pies a cabeza, pero su espíritu se mantenía tan firme como su lanza. Apenas le separaban siete metros de la fiera. Ya no avanzó más. Pero cuando el león se agazapó, preparándose para saltar sobre él, le invadió el pánico. Su instinto le gritaba que echase a correr. No lo haría por nada del mundo, sabía que su iniciación era una prueba a vida o muerte. Y para él esa muerte era cien veces preferible a cualquier vida sin grandeza y sin honor. Entonces el león lanzó un rugido descomunal y alzó su cabeza al cielo, como si verdaderamente el águila acabara de aparecer y estuviera cayendo en picado sobre él. Pero no, en el cielo no había nada. Nada visible al menos. Sin embargo, fue en ese preciso instante cuando Kurtar la vio dentro de sí. Y no venía sola. Bajo sus alas enormes, cubierto por ellas, galopaba el padre Bisonte con su cornamenta en ristre, y bajo el bisonte, desde el interior de la tierra, Sike, la gran serpiente, asomaba sus terribles fauces, buscando la garganta del león. Kurtar no esperó más, aferró su lanza con las dos manos y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Baila conmigo, Hermano León!

La fiera pareció obedecer un mandato. Al instante, se lanzó sobre Kurtar con un salto portentoso. Tanto, que pasó por encima de él sin siquiera rozarle. Y es que, en una fracción de segundo, mientras el león saltaba, el muchacho también había saltado hacia él, pero sin proyectarse hacia lo alto, sino a ras de tierra. Con ese caudal de fuerza que le llegaba de la sangre y un grito salvaje que le salía del alma,

mientras el león volaba sobre él, le hundió su lanza de abajo arriba, atravesándole el corazón de parte a parte.

El león cayó a tierra con la lanza clavada en su costado y una expresión de desconcierto infinito en sus ojos. Aquel mono desnudo había perforado su pellejo, su lanza endurecida al fuego le abrasaba las entrañas. Entonces lanzó otro bramido, pero este ya no era triunfante, sino absolutamente agónico. Las leonas que habían presenciado la escena, todavía ocupadas en devorar los restos del bisonte, se pusieron en pie y emprendieron la huida. Kurtar se sentía como dentro de un sueño, no podía creer lo que estaba viendo. Se incorporó todavía jadeante, el cuerpo cubierto de tierra seca empastada por la sangre que manaba de su hombro. En el momento del choque no lo había sentido, pero, al saltar sobre él, el león le había dado un buen zarpazo. Pese a su aspecto aparatoso, se trataba de un desgarrón superficial, podría restañarlo. Instintivamente, se llevó la mano a la maza de piedra que pendía de su cintura para rematar al león. Tenía que partirle la cabeza, acabar de una vez. Con pasos lentos, todavía temblando, avanzó hacia la fiera moribunda con su bifaz en alto. Pero cuando llegó ante él, ya no vio a un león. Ahora era todo un rey sufriente lo que tenía ante sí, un animal majestuoso que le miraba con aquellos ojos llenos de nobleza, mientras la vida se le iba a borbotones.

—¡Vamos, a qué esperas, mávalo!

Kurtar no necesitó volverse para identificar aquella voz. Al fin Kram y Babro le habían encontrado. Los dos estaban plantados tras el cuerpo del bisonte muerto, atónitos ante la escena que acababan de presenciar. Pero Kurtar no hizo



lo que esperaban. Una vez que llegó hasta el león, cogió la lanza hundida en su costado y tiró de ella con fuerza.

—Perdóname, Hermano León, tenía que hacerlo para ser como tú —exclamó, muy sereno—. Ahora vivirás en mí, yo seré el testigo de tu fuerza y de tu valor. Tú y yo somos y seremos uno, para siempre.

Al sacar la lanza, desde el costillar del león brotó un golpe de sangre que le alcanzó la cara. No se la limpió. Saboreó aquella sangre espesa y salada, tan caliente como la que le corría por el brazo. Y mientras la sentía bajar despacio hasta su estómago, supo que ya era un hombre.